

LA DOS RIVALES FORTALEZAS

DE



ALCALÁ DE GUADAÍRA

Ensayo literario

por

Francisco Calatrava Jurado



RAIMUNDO BLANCO
Encarnación, 31
SEVILLA

Biblioteca Digital de Alcalá de Guadaíra



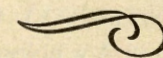
FRANCISCO CALATRAVA JURADO

dedica
con el mayor afecto a un muy
estimado y joven amigo Don
Lore Miranda Martínez (de su)
un ejemplar de su "ensayo literario."

Francisco Calatrava

10/1/1933

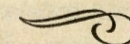
Las dos Rivales Fortalezas de Alcalá de Guadaíra



Ensayo Literario

por

Francisco Calatrava Jurado



1932

RAIMUNDO BLANCO
Encarnación, 31
SEVILLA

A mi ilustre paisano

Francisco Villaespesa

A tí, te dedico, ¡oh vate sublime!, en sincero testimonio de lo mucho que te admiro, (ya que de otro modo na puedo demostrártelo) la primera edición de este humilde ENSAYO LITERARIO. Quisiera yo tener en mi pluma, la inspiración y brillantez que aspiro, tan sólo, para poder ensalzar como se merecen las mil grandezas de tu lira inmortal.

¡Cuántas horas de deléite te debo! ¡Oh excelso Maestro, oh númen divino! Pues que sólo a tí te soy deudor de haber contemplado de cerca las magnificencias de las Musas; cuando mis ojos leyeron por primera vez en mi vida las primeras estrofas, esas primeras estrofas fueron las tuyas; las de tu maravilloso "ALCAZAR DE LAS PERLAS" y las de tus "NOCTURNOS DEL GENERALIFE" que me prestaron al azar, allá... en una perdida aldehuela,⁽¹⁾ de sierra FILABRES, donde los almendros y las moreras florecen.

¡Ay! Cómo celebro tus dichas y tus glorias, y cómo me éntristecen tus amarguras y tus penas, al verte volver triste y pobre de la AMERICA LATINA, la de nuestros mayores, y ya cansado de tanto tremolar por sus mil villas y por sus mil ciudades, el pendón glorioso del PARNASO castellano, prodigando con exceso, con tu lenguaje altamente esclarecido, las cien maravillosas creaciones de tu genio portentoso.

Francisco Calatrava.

(1) *Velefique*



FRANCISCO CALATRAVA



La personalidad de Francisco Calatrava Jurado, merece un puesto de honor entre los jóvenes poetas andaluces, no por la mayor inspiración de sus composiciones poéticas, ni por su cuidada prosa, sino por el esfuerzo supremo de su voluntad, que ha logrado vencer las dificultades que encontró en su vida de continua lucha.

Este noble anhelo de perfección que llena el espíritu de Calatrava Jurado, le eleva y distingue de la mayoría de los hombres, solo atentos a lograr propósitos menos desinteresados; el joven autor de "LAS DOS RIVALES FORTALEZAS DE ALCALA DE GUADAIRA" se nos presenta en medio de una sociedad prosáica y ambiciosa, con la dulce modestia de un neófito, que desea entrar en el templo de la Belleza y del Arte y quiere antes prepararse con la contemplación de las maravillas espirituales del encantador pueblo de Alcalá de Guadaíra.

Porque este poeta sentimental recoge su inspiración de la campiña en la cual pasó los años mozos, todavía cercanos, y en la que forjó su espíritu de poeta en las horas silentes del descanso, mientras empleaba su actividad física en la pesada lucha por la existencia. Parece que en Francisco Calatrava hay dos personalidades distintas y aun antagónicas; el poeta delicado, el artista prodigioso de la pluma, con la que hace maravillosas filigranas, y el obrero de la tierra en cuyo trabajo sus manos encallecieron aunque su espíritu se conservó puro y diáfano, como una agua clara en que se reflejan todas las bellas cosas que la rodean.

No es de extrañar que a este poeta le brinde Alcalá de Guadaira múltiples ocasiones—como ya se las brindó a otros escritores insignes—de meditación acerca de la belleza tangible y de la fortaleza material, pero Francisco Calatrava, con su imaginación de ensoñador, ha visto otra belleza nueva y más trascendente, que es el blasón glorioso de la villa privilegiada.

Por eso escribe Francisco Calatrava Jurado ese precioso folleto que titula "LAS DOS RIVALES FORTALEZAS DE ALCALA DE GUADAIRA". Ensayo literario dicele modestamente, aunque ya parece fruto maduro de una inteligencia privilegiada. En estas bellas páginas hace una evocación del pasado con sus esplendores de guerra y dominio, y después, como en contraste luminoso, opone la verdadera grandeza moral, la que no sufre yugos ni decadencias, la que forja la libertad de los pueblos. La escuela, en fin, donde se moldean caracteres y voluntades bajo la dirección sabia y artista del Maestro.

Tal es, a grandes rasgos, el propósito que Francisco Calatrava nos muestra en su encantadora obra; el noble esfuerzo de este joven poeta merece toda suerte de plácemes y aun más; la protección de los privilegiados de la fortuna, que deben poner el estímulo de su ayuda material a él que todo se lo debe. hasta ahora, a sí mismo, a él que luchó en las rudas faenas campesinas con las inclemencias de las estaciones y aun tuvo tiempo en su vida para ilustrarse, para elevarse a una altura a la que sólo se llega por medio de una voluntad firme y decidida.

Nuestro aplauso sincero va en estas líneas para Francisco Calatrava, el dulce poeta de "LA VUELTA AL REDIL" de quien pronto veremos obras de más importancia que han de seguir a la que hoy nos ofrece su clara inteligencia y su imaginación ensoñadora.

Amantina Cobos de Villalobos

Maestra Nacional



A LA CUNA DEL POETA EXIMIO GUTIERREZ DE ALBA

Oh bello Alcalá! ¡Yo te saludo y te venero desde el primer momento que me diste cobijo bajo el techo de tus lares y pisé las calles de tu urbe primorosa, rebosante de vida, tus viejas ermitas, tus quebrados aledaños revestidos de verdura perenne y tus huertas evocadoras de sugestivas narraciones arcáicas!

¡Oh noble ciudad! ¡Encantado vergel, que cuando duermes, velan tu sueño en el silencio augusto de la noche tus colosos y tostados centinelas de piedra, al mismo tiempo que te envuelves en el confortable y exquisito olorcillo que te brinda ese dorado y rico manjar de antiguo y sólido prestigio que elabora tu panadera industria.

Y ahora, segunda patria mía, muy amado rincón privilegiado de mi España, donde encontré la acogida cariñosa en la nobleza de tus hijos, haciendo con ello mitigar en parte el doloroso infortunio de mi vida errabunda y azarosa. Recibe, pues, en sincero testimonio de lo mucho que siempre sin interés te he amado, como ofrenda,—si mas pudiera mas te ofrendara—esta guirnalda de rosas convertida en canto, segundo fruto de mi ingenio dedicada a tus dos mas alcorniadas fortalezas, la una del Pretérito, esclarecido vestigio de epopeya, y la otra, magna y luminosa atalaya del Porvenir triunfante lleno de nobles idealidades.





LAS DOS RIVALES FORTALEZAS DE ALCALÁ DE GUADAIRA

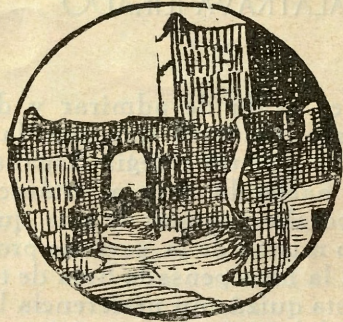
Ensayo literario por
FRANCISCO CALATRAVA JURADO

Oh viajero ilustre, que recorres ávido de admirar y de estudiar los mil variados y bellos monumentos que guardan en su recinto las clásicas ciudades de nuestra egregia España. ¡Oh tus viejas ciudades! que aun haciendo cara al titánico batallar de siglos, hacen que el prodigioso caudal de arte que atesoran, sea latente admiración lo mismo de la persona profana que de la docta,—creo, que en la bien pensada hoja de tu itinerario, no dejarás de tener puesta quizá con preferencia la olivarera región que el manso Guadalquivir riega, y vivir por un momento en sus muelles y blancas ciudades de sabor moruno, tal como las interesantes Ubeda y Baeza o la Sultana Córdoba, la brillante corte de los ABDERRAMANES, o la encantadora y oriental Granada, o las pulcras ciudades de Málaga y Almería, de cielo despejado y festoneadas por el azul intenso de su mar Latino, o la rica y privilegiada tierra gaditana, cuna en España del noble grito libertario, o la PORTUS MARIS CUSTODIA—la incubadora de la sin paralela gesta del descubrimiento Colombino, o la predilecta del Lacio, la dulce Esbilia de los sarracenos, la que dice:

Hércules me edificó,
Julio César me cerco
De muros y torres altas,
Y el Rey Santo me ganó
Con Garci Pérez de Vargas.

La ciudad de elevadas y elegantes torres, de los magníficos y dilatados jardines, de los palacios señoriales de maravillosas y heráldicas portadas, de las estrechas y misteriosas callejuelas, donde cada esquina y revuelta ha tejido un poema de oro la leyenda; la de los artísticos y floridos balconajes, donde al ver tras de ellos algunas de esas esbeltas mujeres de blancas manos, cabellera bruna y grandes ojos acariciadores, le hacen a uno pensar en aquellos románticos idilios medievales en que el apuesto caballero hacía temblar en sus labios ardientes y amorosas trovas al mismo tiempo que, puesta la mano en la bruñida empuñadura de su espada, se aprestaba a sostener a raya al rival cortejador.

Mas descansa un tanto de apreciar tanta riqueza como atesora esa alegre Ciudad que del undoso Betis recibe su bienestar y mayor grandeza. La Ciudad, soberano plantel de artífices aureolados por el eco impercedero de la gloria, la ciudad insigne de la corona hispana, el magnífico florón de nuestra historia, y ven conmigo que te voy a mostrar una muy joven y blanca Ciudad por cien veces mucho mas humilde pero que tiene en sí ese inapreciable valor que la humildad encierra. Coronala un magnífico monumento militar que es para su historia y presente, un espléndido broche diamantino.



Arco de San Miguel
(Dib. L. Contreras)

Dame la mano, viajero ilustre, aunque solo sea espiritualmente, que te voy a dar a conocer de «AL-KALA-GUAXIRA» de los árabes, la de dorados alcores de tupidas frondas que ciñen al Guadaira, sus dos más preciadas fortalezas; la una, dormida tristemente en el descarnado regazo de la historia, y la otra, cual doncella radiante y jubilosa, dispuesta a echarse en los robustos y amorosos brazos de su enamorado doncel, doncel, que será el Futuro.

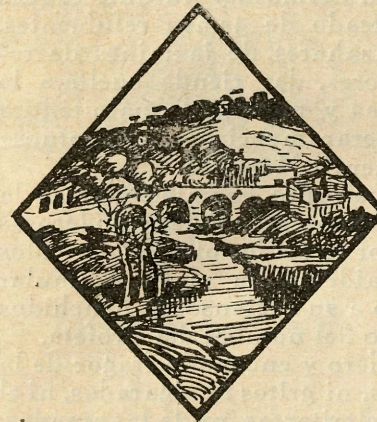
Mas para mostrarte la primera fortaleza, penetremos por el cuádruple arco de San Miguel, cuya construcción denota la mano de obra de generaciones y razas diferentes. Sigamos camino arriba y veremos a sus lados cual regocijante nota de pincelada artística, destacarse las cuevas-viviendas solaz de aquellos remotos pobladores que encontraban su

sustento en los silvestres árboles frutales, que cual mitológico paraíso, abovedaban los silenciosos recodos del Guadaira, el navegable río del abasto de los ALMORAVIDES.

Mira a nuestra derecha caídos los gruesos paredones de una Iglesia, que fué construída cuando el Castillo quedó en manos de las huestes del Tercer Fernando; fíjate, parecen que lloran sus ruinas, como si añorasen aquellos lejanos tiempos en que daban al espacio las vibraciones ya alegres, ya fúnebres de sus ya desaparecidas campanas, o su interior recinto mostrábase lleno de nubecillas de incienso y perfumes de rosas, o bien se oían los melodiosos cánticos o el musical acorde del Católico rito, o el grave susurrar de la oración piadosa.

Ahora, si eres tú admirador de las severas ruinas milenarias y en tu pensamiento recorres el velo del pasado, piensa y llora conmigo. Mira ese imponente y murado recinto que ante nosotros yergue sus melladas torres, dominadoras de la otra torre. la gentil Señora del Valle del Guadalquivir.

Entremos en la Plaza de Armas y no temas nada, ni te impacientes, puesto que no tenemos que aguardar a que nos echen el levadizo puente, ni que las puertas giren rechinando sobre sus pesados goznes, ni que algún negro y fiero centinela etiópico, nos detenga el paso, puesta la mano en la corva cimitarra o en el agudo alfange.

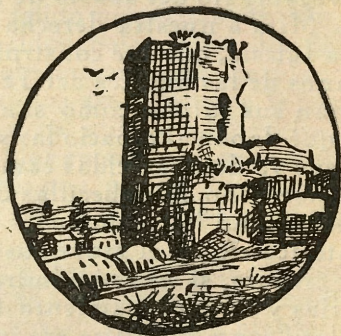


Río Guadaira
(Dib. L. Contreras)

¿Ves esas torres ciclópeas? Sus magníficas bóvedas se desplomaron al peso tremendo de los tiempos. Ya no vemos en sus interiores aposentos elegantes y mármoreos, capiteles sosteniendo los dorados arcos árabes, maravillas de encajes. Ni las paredes están de costosos terciopelos revestidas ni se ve de leonadas pieles alfombrado el suelo, ni se aspira de los cincelados y áureos pebeteros el excitante perfume; ni se ven vaporosas danzarinas orientales, mostrando la semi-desnudas redondeces de sus cuerpos, ni al

ritmo supremo de la danza colorear sus mejillas oleadas temblorosas de lujuria, ni en silenciosos camarines se encuentran

las huríes de líricas manos, pié breve y torneado, negros ojos de pasión sin freno, cabellos rizos, presos en valiosas redecillas, reclinadas negligentemente sobre mullidos y bordados almohadones, oyendo la canción de amor de sus esclavas a las tiernas vibraciones del gemir de guzla. ¡Ay triste mansión, ya no tienes apasionadas princesas que se enamoren de cautivos caballeros castellanos! ni en la penumbra se ve al centinela de rostro barbudo y continente altivo recorriendo los anchos murallones, ni venir de los vecinos campos la moruna gente a coronar tus pétreas y ya descarnadas eminencias con el noble anhelo de ver tornar de las fronteras enemigas a los aguerridos escuadrones, ya con fortuna próspera o adversa a los acordes del clarín guerrero.



Torre del Castillo
(Dib. L. Contreras)

Ni el agareno Rey de arrogante porte lucir ensortijados dedos de fina pedrería y en su cuerpo recamada túnica de delicado tejido granadino, y en su hermosa y varonil cabeza el clásico y oriental turbante moteado de gemas refulgentes. Ni entre aromas de claveles, de azahares, de jazmines de rebosantes copas de aromáticos licores, dar rienda suelta a la amorosa orgía las bellas odaliscas y mostrar la palpitadora maravilla de sus desnudeces y esperar impaciente y voluptuosa las suaves y cálidas caricias del gentil Monarca.

Ni se ven los apretados batallones enemigos cercar la plaza y batir los soberbios muros con los arietes y poderosas catapultas que hacían derribar por tierra los bien guarnecidos contrafuertes, ni al bravo Alcaide de la plaza estimular con su denodado y bizarro arrojó a sus defensores henchidos de bélico coraje al mágico conjuro del nombre del Profeta.

Ni ya dentro de la plaza el fiero y enconado fragor de la batalla ni blasfemias ni lamentos, ni gritos ni algaradas, ni el escalofriante tajar de las anchas cimitarras, ni de las espadas, las tremendas cuchilladas, ni los arrolladores botes de lanza ni el destrozar de cráneos al bárbaro golpe de las mazas ni el arrancarse de las trémulas carnes con el gesto trágico del dolor las barbadas flechas, ni tampoco se oye de los caudillos la febril arenga ni el sonar de clarines, trompas y timbales.

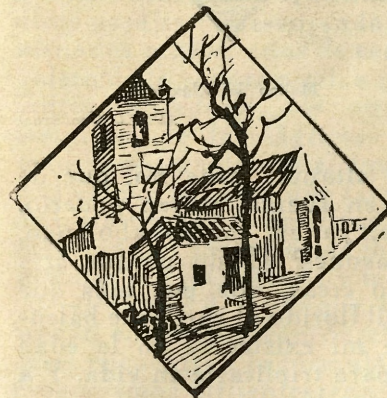
Ni se ve el refulgir del sol en las pesadas armaduras, —pasma hoy de la moderna gente— escudos, mallas, petos, cimeras, cascos y turbantes; ni el flotar al viento los ricos bordados pendones belicosos ni el terrible pisotear de los corceles, esparciendo doquier los miembros de la guerrera gente.

¡Nada! Recuerdo y sombra no más queda de su pasado poderío, pues hoy tan solo sirve a los reptiles de morada y a nuestros medrosos pasos que repercuten en torno. Ahora vamos a despedirnos, viajero amigo, de esa ya fúnebre mansión, diciéndole:

Adiós,pués, afligida fortaleza,
con tus lauros, tus triunfos y tu gloria,
pués que de tu indómita fiereza
conservas sólo ruinas por memoria.

Y ahora, compañero mío, peregrino del Arte, cambiaremos la nota triste del pasado por la esplendorosa nota del presente y vamos camino de la segunda fortaleza que yo te

quiero mostrar, en la confianza de que ésta fortaleza llenará tu alma del mas puro y noble optimismo. Pero antes serenemos nuestros espirituales sentidos, contemplando el bellissimo conjunto que se ofrece a nuestros ojos. Mira a nuestra izquierda la álbea ermita, donde la Patrona del pueblo tienes udeslumbrante morada bajo la fuerte bóveda de un magnífico torreón mudéjar, al fondo, el pueblo bellissimo, exquisitamente urbanizado, extenderse por las cúspides, laderas y gargantas de las suaves y doradas lomas, la Ciudad donde en cada casa hay una



Ermita de Ntra. Sra. del Águila
(Dib. L. Contreras)

f fuente y en cada patio un jardín. El pueblo preso por gigante muralla de arboleda, cuyos contrafuertes son los molinos y puentes milenarios, y aromatizado su ambiente por el dilatado pinatar frondoso.

Y ahora, ya tienes delante de tí en la planicie, de una elevada loma, donde la vista se recrea ante ya bellisimos, ya

dilatados y cercanos horizontes, el segundo lugar de lucha que te quería enseñar. Sin duda alguna, que te hallarás decepcionado y engañado sobre lo que tu te imaginaras ver, puesto que no encuentras nada que se le parezca a su fantástica rival de enfrente, pues las dos, míralas, parecen que se retan como dos rivales poderosas, y hasta me creo que las dos dialogan en un mudo lenguaje como enorgulleciéndose cada cual de su preclara estirpe y de los fines para que fueron ambas construídas.

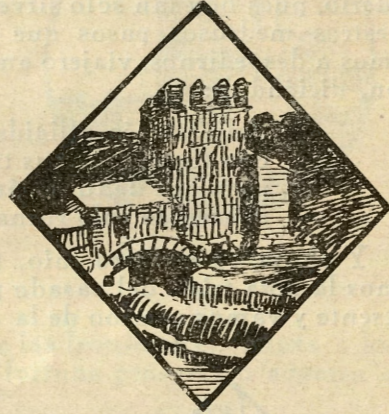
Mas ahora, sirviendo de intermediario mi cerebro, recoje y descifra ese mudo lenguaje que los aires cruza.

Dice la primera con ese gesto propio de implacable déspota:

¡Oh, construcción moderna, cuyas paredes no podrán resistir por mucho tiempo como las mías han resistido de los huracanes el iracundo embate!

¿Cómo te atreves a mostrarte altanera ante mi, que de altura, muchos codos te llevo, ya en fuerza, ya en poderío, ya en heroísmo, ya en laureles, ya en rancio abolengo, rendido al peso de mis ínclitos blasones? ¿Todo porque eres bella, joven y risueña? Pues no creas, que por más que no has hecho sino asomar tu Abril florido al rutilante balcón de la Vida, yo, que estoy de mi existencia en la edad postrera, aún me hallo con bríos para triplicarte en vida. Y a este altivo lenguaje responde la segunda:

¡Oh ilustre dama de pretéritas edades, sufrida maestra del paso de los siglos que dejaron en tí huellas profundas! No creas que en mi seno guardo hospedaje a la altivez, ni en mi jamás la burla encontrará su imperio, pues al elevar ante el azul del cielo mi sencilla mole de nítida blancura, mi credo es amar, querer y respetar, lo mismo al inquieto y delicado infante, que al encorvado anciano de faz rugosa y venerables canas; dar la mano al caído y limar del hombre las imperfecciones de su espíritu. Mas ahora te digo, que si no en mi mismo seno, en la esencia de mi destino, que yo en este ins-



Molino del Algarrobo
(Dib. L. Contreras)

tante represento, los mas encumbrados de la tierra no han tenido ni tienen mas remedio que doblegar la cervíz y apagar en mi fuente cristalina del estudio, la primera sed.

Ya de la Iglesia sus elevados Príncipes, ya el Soberano de pequeño Reino o poderoso Imperio, ya el gran estadista, el escritor fecundo, el fogoso vate o el caudillo ilustre, ya el sabio eminente, el escultor insigne o el divinizado artista, ya el mago alarife que levanta puentes atrevidos y soberbios, templos góticos grandiosos, regios palacios y graníticos castillos. Si, todos esos que han llenado el mundo con el clarín sonoro de la fama, al subir al más alto y sagrado pináculo de la gloria, en mí encontraron su primer peldaño.

Por eso, cuando yo llegue a ser anciana y comprenda que está cercano el fin de mi existencia, en una de esas claras mañanas invernales en que las luminarias del sol me calienten y doren, yo, reclinada en mi poltrona, hojearé el libro de oro de mi propia historia, y tú el brillante tuyo, y ambos confrontándolos, se verá la diferencia del contenido de sus hojas.

En las hojas de tu libro habrá cálidos pasajes de una belleza insospechada, extraordinaria; pero en cambio, habrá otros pasajes representando arroyos por entre medio de almenados muros, uños de escarlata, como testimonio imperecedero de la sangre vertida por muchos de tus antiguos y pujantes moradores, los otros cristalinos, serán la prueba lastimosa de las lágrimas vertidas por las desconsoladas madres que perdieron el inapreciable fruto de sus entrañas en la tenaz pelea. Y que tal vez aún de las regiones silenciosas de ultratumba sus espíritus en un vagar incesante e invisible, seguirán por los siglos de los siglos diciendo: ¡Mil y mil veces maldita la GUERRA! y tal vez preguntándose:

¿Por qué después que las naciones mutuamente se destrazan en terribles e inconcebibles luchas fratricidas, sus directores encuentran la fórmula para llegar a la concordia? ¿Y esos mismos dirigentes, equivocados encauzadores de pueblos, es que no pudieron hallar esa misma fórmula de paz antes de llegar a la infame siega de ilusionadas vidas juveniles y la destrucción de las riquezas y bellezas que el Arte, la Inteligencia y el Trabajo del Hombre ha creado y acumulado en decenas de centurias y a costa de interminables vicisitudes?

Así que te digo, que al finalizar la última hoja de tu libro, circundadas por un festón de luto, habrá estas palabras: ¡Ay insensata de mí para que he querido mi rudo empuje, ni mi soberbia potencialidad de roca ni el futuro relumbrón de mis gloriosos días, ya que no me han servido sino que para armar

a la sonriente Diosa de la Vida con la fría guadaña de la Muerte». Y mi libro en cambio, aunque careciendo de embelesadas y de heroicas páginas, no se verá en él, sino que una interminable estela luminosa ramificada por muchos sectores de la terrestre ciencia y en la terminación de su último capítulo habrá un epígrafe orlado de destellos deslumbrantes que dirá: ¡Oh mundo! confiado en mi sabiduría, me mandaste albergar y custodiar bajo mi humilde techumbre, en continuas legiones, la temprana Ignorancia, y yo, con entusiástico trabajar forzado, te la devolví sana y floreciente, te la devolví culta y en condiciones de luchar con ventaja en la carrera cruenta de la vida, y ante éstos hechos meritorios que acrisolan y dan fe de mi deber cumplido, descanso, quedo tranquila y satisfecha, máxime, cuando en largo transcurso de mi jornada laboriosa a la misma Vida, le dí vida.

Este edificio alegre, blanco y de anchos ventanales, torratera de luz, a cuyos lados tiene dos bellas y risueñas torrecillas que son hoy blanda morada de candidas palomas, se levanta ante bellas terrazas escalonadas, que son un deleitoso y florido esparcimiento. A éste edificio-escuela quiero llamarle yo: la eximia fortaleza del espíritu, el resistente y preciado yunque en que se han de forjar los nuevos ideales y con ellos los hombres del Futuro.

Este baluarte no precisa de anchos y profundos fosos, espesos muros, poderosas torres; ni de torvos guerreros que la defiendan, como precisaba la un tiempo poderosa vecina mansión. ¡Que diferencial! La una es el hosco reflejo de la edad de las tinieblas, la edad de la horca y del cuchillo, la edad bárbara, en que los tristes siervos de la gleba estaban a merced del despótico mandato del señor feudad. La otra, representa del mundo el amor y derecho a la ansiada libertad que vibra con fuerza en los juveniles y modernos pechos y el arrollador ímpetu del saber que esparce sus bienhechoras semillas desde la gran ciudad al pueblo ignoto.

Estos GRUPOS ESCOLARES fastuosos—desde donde se domina la vega feraz y dilatada, colmado granero del



Los Pinares
(Dib. L. Contreras)

pueblo, y más al fondo cual escenografía magnífica, se columbran de Morón sus recias montañas de azul oscuro y elevados



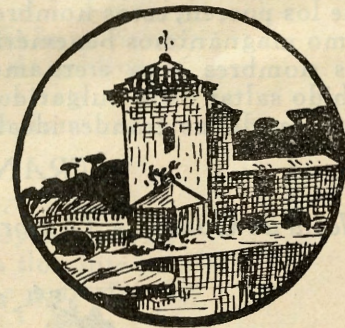
Los Puentes
(Dib. L. Contreras)

picos. Este edificio, modelo cumbre de la pedagogía moderna ésta fortaleza o templo del saber, en cuyo seno se oye de la tierna infancia el balbuceo de las primeras letras, no necesita de ruidos de armas, voces guerreras, y desfile de soldados; sus armas son las «ACERADAS PLUMAS», sosteniendo primero torpe y duro combate en el papel albíneo, hasta que ya después del largo batallar, el cerebro y manos que las impulsan, alcanzan la tan deseada victoria ennoblecadora del espíritu, y en

vez de voces guerreras, se dejan oír de los niños dulces tonadas en vocécitas de oro, y el desfile de hombres vestidos de acero, es trocado por un bullicioso e infantil desfile.

Y lo mismo que en los espesos bosques que dan marco al río Guadaira las variadas avecillas, saltando juguetonas de rama en rama, alegran el contorno con sus melodiosos cantos, aquí en este paraje, un tiempo despoblado y silencioso, hoy se ve alegre por el correr, brincar, reír y decir de los corrillos infantiles, por espacioso y florido jardín y por los vibrantes ecos de canción de escuela.

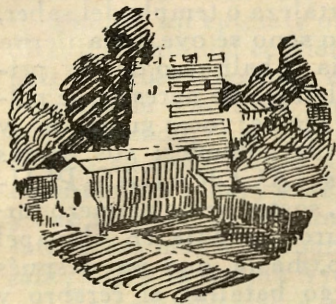
Esta espléndida y soleada mansión, cuyas ocho aulas son los potentes faros que han de alumbrar de esta ciudad los cerebros de las lozanas juventudes venideras, sería una insospechada y grata sorpresa para el investigador e impertérrito paladín Luis Bello, que en sus incesantes correrías por innúmeros pueblos de España, nos dió a conocer y nos puso de relieve en sus maravillosas crónicas, la escasez y el lamentable estado en que se encuen-



Molino de San Juan
(Dib. L. Contreras)

tran la mayor parte de esos primarios centros, para desdoro del prestigio patrio.

Y ahora, frente a frente de este edificio-escuela y también sobre la cúspide de un escarpado monte, muy en breve, se alzar4 la blanca y gentil silueta de unos segundos Grupos Escolares, con la misma capacidad y magnificencia que los primeros y en sitio a4n mas pintoresco, por estar m4s cerca del pinar frondoso y de las agrestes m4rgenes del r4o y con vista a la robusta mole arquitect4nica de un feudal y g4tico castillo, rico ejemplar del siglo XV, hermosado por la airosa majestad de sus almenadas y cil4ndricas torres.

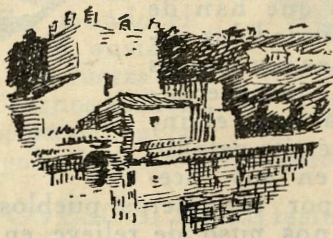


Molino de las Ace4as
(Dib. L. Contreras)

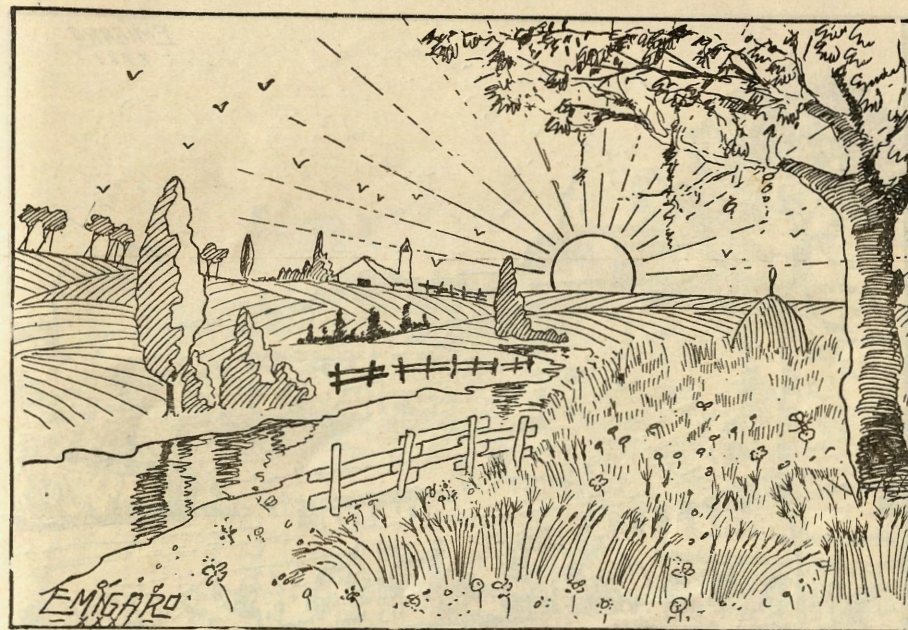
Y ya que tenemos que despedirnos, espiritual viajero, creado por mi mente, pienso y digo: Que todos los hombres que ya directa o indirectamente colaboran, ya con sus d4divas generosas, ya con su influencia, para que se erijan estos modernos templos de ense4anza, primer escal4n de la mentalidad Humana, honroso y noble orgullo de los afortunados pueblos que los poseen, estos hombres, digo, deben ser considerados como magn4nimos benem4ritos de la Patria y dignos de que sus nombres sean eternamente venerados, puesto que han sabido saltar de la vulgaridad triste de la vida a las claras regiones de los grandes idealismos.

FRANCISCO CALATRAVA

Alcal4 de Guada4ra, Octubre de 1932.



Molino de Realaje (Dib. L. Contreras)



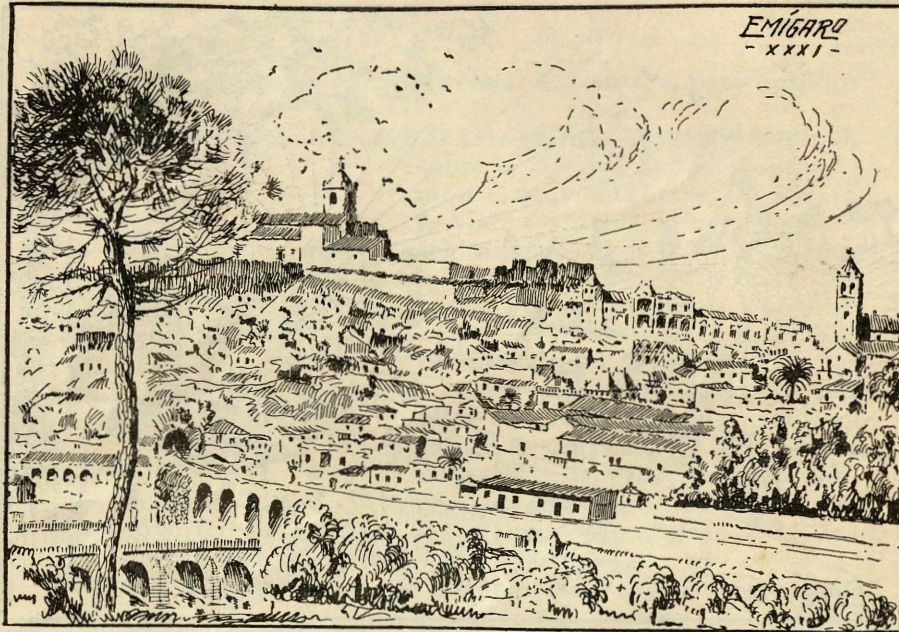
== PRIMAVERA ==

Despierta bonancible la ma4ana;
El sol rompe la barra de neblina;
C4brese el cielo de topacio y grana
Y la faz de la tierra se ilumina.

El ganadillo juguet4n desfila,
Rayos de plata el arroyuelo env4a,
Y en los pistilos de la flor que oscila,
Luce el roc4o fulgor de pedrer4a.

Trinan las aves, cual genial orquesta,
Vibra en el aire pastoril balada,
Y el vigoroso labrador despierta
Al m4gico surgir de la alborada.

Francisco Calatrava



ALCALA DE GUADAIRA

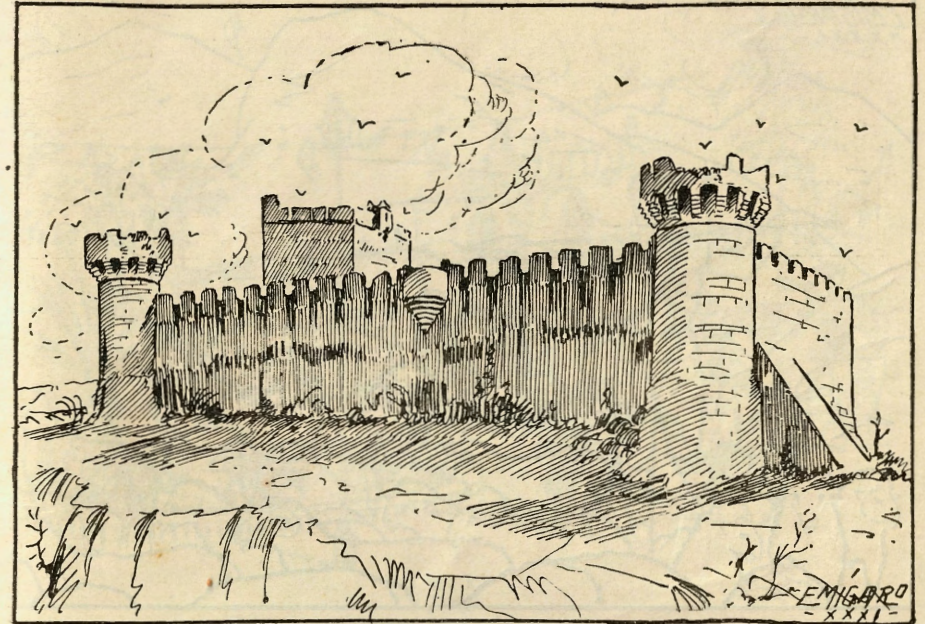
Sedúceme el encanto de tu vergel florido,
Do ilustre númen de genios inspirados,
Prodigios hizo, de luz, de vida y colorido,
En lienzos mil, tesoros del arte celebrados.

De tu castillo altivo la medieval historia,
Ráuda pasa mostrando en rutilante giro,
Ora el dulce juglar, la muerte o la victoria,
La gesta, el madrigal y el amante suspiro.

Cerros calcáreos tu ameno alrededor circundan;
Agua abundante y rica de tus entrañas mana;
Lugares de Prehistoria en tu comarca abundan;
Deleite en tus riberas y floración lozana.

En el atardecer suave, cuando el sol te presta
El soberano esplendor de sus galas donosas,
Yo, amoroso, te ofrendo de mis versos, esta
Corona de nardos, de claveles y de rosas.

Francisco Calatrava



Al Castillo de Marchenilla

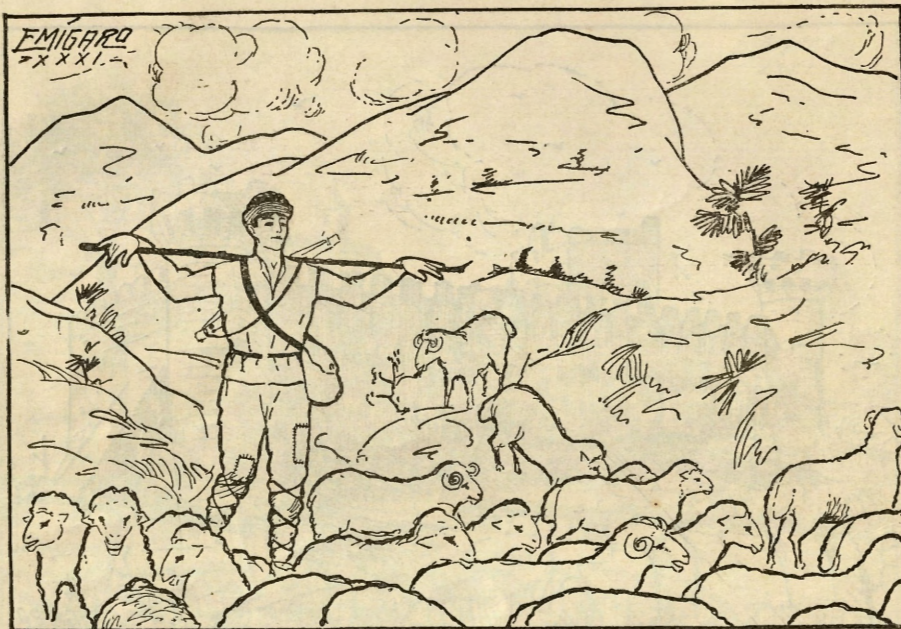
Ved, erguido, el castillo feudal,
Y en él, su gótica figura,
Piedras gastadas, trazo señorial,
Florón de Historia que perdura
Sobre el Guadaíra y la feraz llanura.

Bello castillo en el alcor dorado,
Que al mágico poder de los conjuros
Tus torres, tus almenas y tus muros,
Me son evocadores del Pasado.

Pasado aquel de recios infanzones,
De rubios pajes, idilios y escuderos,
Sonatas, retos, leales corazones,
Romanzas, trovadores y halconeros.

Ved, erguido, el castillo feudal,
Y en él, su gótica figura,
Piedras gastadas, trazo señorial,
Florón de Historia que perdura
Sobre el Guadaíra y la feraz llanura.

Francisco Calatrava



== DE VUELTA AL REDIL ==

De apacentar mi grey vuelvo contento,
Del verde otero a la floresta umbría;
Pronto a ocultarse el resplandor del día,
Voy tras de mi rebaño a paso lento.

Corre, apacible, el vespertino viento,
Refrescando la abrupta serranía,
Montes de exuberante lozanía
Que siempre, absorto, los contemplo atento.

El alma llevo de alegría henchida,
Pensando en el redil y en quien me espera,
Soñadora mujer, luz de mi vida...

Que a mi lado llevar, siempre quisiera,
Llora por la mañana mi partida
Y si tardo a la noche desespera.

Francisco Calatrava



A LA FERIA DE ALCALA DE GUADAIRA

I

La pueblerina música resuena
Esparciendo sus notas de alegría,
Y se oye de la «plebe» gritería
En la noche aromática y serena.

II

Plaza y calle de gentío se llena;
Y a ver bailar acércase a porfía,
Y a oír de la orquesta su armonía
Y las canciones de vibrante vena.

III

Guirnaldas cien, banderas tricolores
Al vientecillo vespéral se ondulan,
Y mil parejas en plácidos amores,
De la «Velada» en su ferial circulan.

IV

Luces, flores, bellísimas arcadas.
El ancho hermoso de la Feria ostenta,
Y el bello sexo juvenil presenta
Sus espléndidas gudejas ondeadas.

V

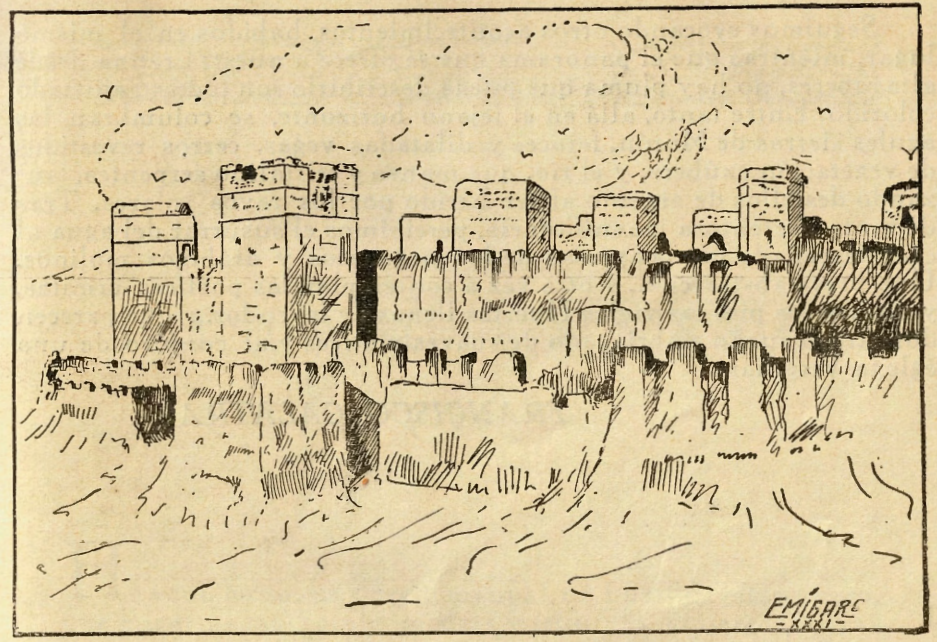
Festín y gracia, ricas confituras.
Flecados mantos de bordadas rosas.
Charoles, rasos, ténues vestiduras,
Dulces mujeres de esplendor de Diosas.

Francisco Calatrava



PAISAJE

(Dib. L. Contreras)



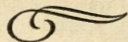
Al Castillo de Alcalá de Guadaíra

Evocación y Contemplación

Encúbrase altivo, cual amenazador fantasma de un cuento de hadas de las riberas del Rhin. Sus melladas torres, cegados fosos, cisternas y derruidos muros, blasonan tristes reliquias de un pasado de gloria, sepultado en la negra tumba de los siglos. En esta hora, al hollar con vacilantes plantas los restos elocuentes del que fué robusto castillo y real mansión, surgen en la mente, y en el recuerdo bullen hechos acaecidos en su murado recinto, cual aquel que refieren las antiguas crónicas, de que, en ocasión en que el rey apellidado el Cruel, Don Pedro I de Castilla, venció a su hermano bastardo Don Enrique de Trastámara, el día tres de Abril del año 1367, en la batalla de Nájera, Don Pedro, con todo su ejército, encamínase hacia la monumental ciudad de Burgos, y allí prendió a Don Juan Cordollaco, pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, ordenando fuese llevado prisionero y cargado de cadenas al Castillo de Alcalá de Guadaíra. Metido despiadadamente en un silo, hasta que mudadas las cosas, fué restituído en su libertad y obispado.

Seguimos evocando otros acontecimientos, habidos en el mismo lugar, mientras que el panorama que se ofrece a nuestra retina desde altas torres, no hay pluma que pueda describirlo con todo su ajustado colorido. Entre tanto, allá en el lejano horizonte, se columbran las azules sierras de Morón, feraces y dilatadas vegas, cerros revestidos de vegetación exúbera, y el río, que manso y cristalino serpentea, lanzando destellos de argento al ser herido por los rayos solares. Tras de tanta portentosa magnificencia, percibimos el susurrar del agua al caer despeñada por las presas de los negruzcos y arábigos molinos. Una breve abstracción, y otra vez a contemplar las poéticas ermitas, y a nuestros pies las viejas Huertas llenas de leyendas... que parecen dormir un sueño embriagado de suaves matices y al conjuro de una égloga Virgiliana.

FRANCISCO CALATRAVA



FRANCISCO CALATRAVA

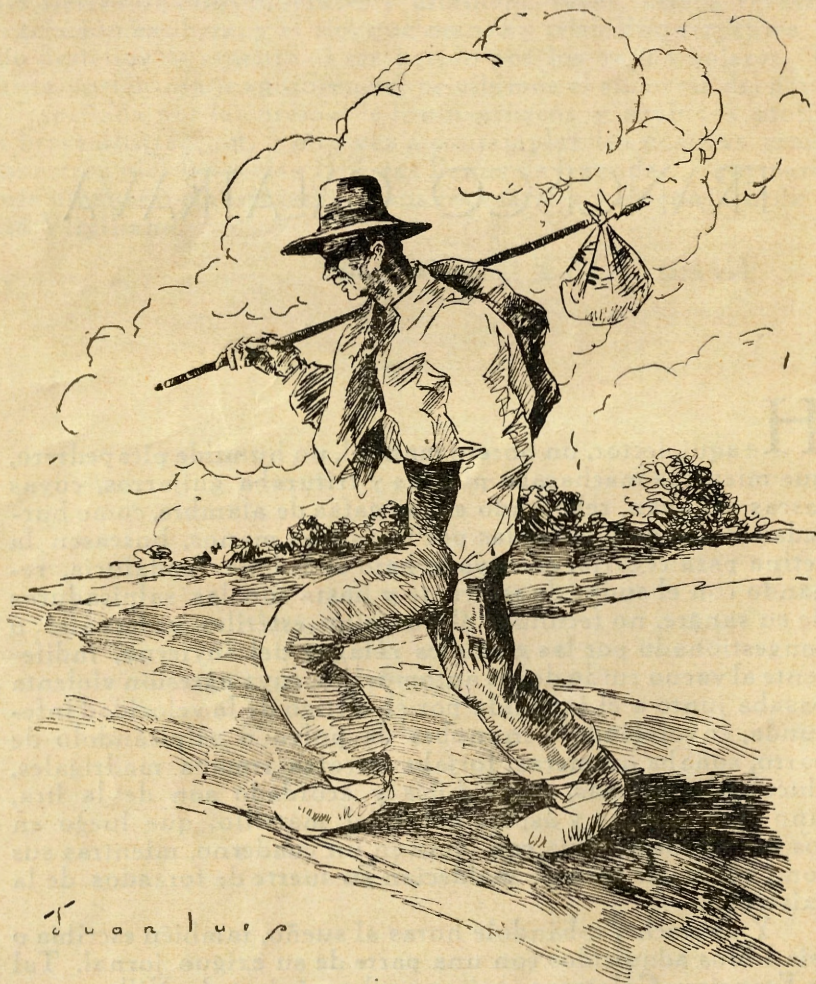


He aquí, lector, un obrero manual, un humilde picapedrero, que mientras machacaba piedras y trituraba guijarros, cuyas lascas saltaban, rebotando en las gafas de alambre, como bur-ladas saetas que, lanzadas por invisibles manos, buscasen la retina para cegarla; encorvado bajo el sol de Andalucía, regando con el sudor de su frente y hasta con las salpicaduras de su sangre, no fecundas glebas, sino estériles pedernales. o congestionado por las glaciales ráfagas del invierno, indiferente al vacuo ruido de los automóviles, cuya agresión violenta pasaba junto a él invadida por el vértigo de la velocidad infecunda, envolviéndolo en nubes de polvo o salpicándolo de barro, soñaba quimeras, forjaba estrofas, rimaba madrigales, elucubraba poemas, no al dulce y acordado son de la lira, sino al monótono y áspero golpe del martillo, que luego en los descansos escribía con lápiz en un cuaderno, mientras sus compañeros de trabajo maldecían su suerte de forzados de la existencia.

Y de noche, robándole horas al sueño, también escribía o leía libros adquiridos con una parte de su exiguo jornal. Tal es Francisco Calatrava, paisano y homónimo de Villaspesa, nacido en el pueblo de Tabernas, al pie de sierra Alhamilla, entre el Mare-Nostrum y los parrales ubérrimos.

Su vida es una novela, que él quizá escriba un día. Hijo póstumo, padeció las sombras de la orfandad, hasta que de ella lo sacaron los generosos sentimientos de María Fenoy y

José Rosa, para quienes guarda los mas puros aromas de su flor de gratitud.



A pie recorrió media Península Ibérica trabajando unas veces y en busca de trabajo otras,...

Emigró Francisco Calatrava a la Argentina donde arrastró una odisea de penalidades y trabajos en Buenos-

Aires y la Pampa infinita, para volver a España sin dinero y sin gloria; pero con el alma llena de óptimas esperanzas, sin desmayar nunca ante las vicisitudes de la vida.

A pie recorrió media Península Ibérica, trabajando unas veces y buscando trabajo otras, siempre caminando a través de las sierras y valles, lo mismo bajo los cielos azules y estrellados, que entre el rugido de los huracanes y el fragor de las tormentas. El sabe de todas las inclemencias, de las del cielo y de las de los hombres. Llamó a muchas puertas y pocas se le abrieron. Fué bohemio del agro.

Pájaro sin nido, durmió en los almihares, al pie de los vallados y en las cuevas de los alcores, morada de los hombres primitivos, y fué acosado por los perros como «L'Gueue de Maupassant».

Recorrió los viejos mesones castellanos y las clásicas ventas andaluzas, donde aún resuena el eco de los pasos de Miguel de Cervantes y de su hijo cerebral Don Quijote.

Llegó desfallecido a las hostelerías y posadas, y pagó el yantar con improvisaciones y sonetos de mesoniles loas, como aquel personaje de «Edmundo Rostand», amigo de Cyrano.

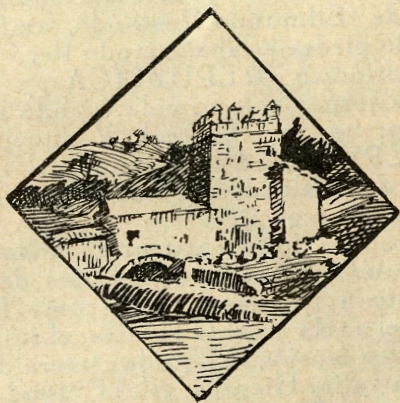
...Y partiendo piedra estaba, cuando llegó a sus encallecidas manos el periódico «REPUBLICA», y al desdoblarlo gozó la mas grata sorpresa de su vida, viendo en él insertada su primera poesía: una octava real. Y aquella octava real, publicada en REPUBLICA—¡oh paradoja!—fué para él la octava maravilla de la felicidad. ¡También la ingrata república de las letras tiene sus regocijos!

Y hoy la barquilla de su existencia, cansada de navegar por el mar del mundo, a merced de las olas de las humanas impiedades, «Junto a la Playa rota», como la de Lope de Vega, ha echado el ancla en el Guadaira, el río de los molinos y de los embrujados espejos de líquida esmeralda, y en Alcalá, latina Constantia Julia, Hienipa griega, donde hay uno de los mas hermosos castillos romano-árabes de España y está el castillo de Marchenilla, gótico-feudo, y lozanean los mas eglógicos paisajes de la Bética, influenciado, sin duda, sugestionado por este ambiente gentilico medieval y bucólico, ha escrito de la «Cumbre al Valle» un poema dramático o égloga pastoril, que si bien adolece de maestría de expresión y refinamiento de exquisitez, no exento de belleza lírica ni ayuno de juveniles entusiasmos, ni de ingénua diafanidad de forma, ni de española nobleza de fondo; inicia positivos méritos, máxime cuando el que lo compuso era un humilde trabajador manual trocado en poeta. De la «Cumbre al Valle» es la au-

rora lírica de un nuevo juglar, el orto poético de un trovador naciente, el alborar idealista de un enamorado de la belleza, la flor en capullo, de una primavera futura, la tierra preñada de semillas de Flora, que espera el beso de Abril para despertar y sonreír en aromas y tonos, la sementera nacida, que presiente la caricia de Mayo para fructificar en espiga, la iniciación de un preludio que será sinfonía.

Fernando de los Ríos y de Guzmán

Mayo de 1925.



Molino del Algarrobo
(Dib. L. Contreras)



A TABERNAS, MI PUEBLO NATAL



He aquí la ofrenda, la prueba inequívoca de gratitud a las horas felices, de cariño, de amor, de paz y de ventura, que me dió tu noble recinto.

Este poema, fruto primero de mi humilde ingenio, solo a tí, pueblo mío, quiero y debo dedicártelo; es el testimonio lozano de un cariño filial.

¡Cuántas veces te nombro, muy amado girón de mi española tierra, venerado solar donde reposan las sagradas cenizas de mis padres, que perdí en los albores de mi infancia, y donde aún perduran dos seres de aquilatados puros sentimientos, que en mi triste y desvalida orfandad me ampararon, me cobijaron y me dieron el corazón, y generosos, me dieron pan, ganado con el santo y fecundo sudor de sus nobles frentes!

Villa mía, hermosa y hechizada. Tus casas, tus calles, plazuelas silenciosas y la sobriedad nativa de tus hijos, me rememoran los mas recios pueblos de la gran Castilla y sus hidalgos inmortales.

¡Oh, las bellas tradiciones! ¡Oh las típicas costumbres de tus nobles hijos! Costumbres, que son el alma y el corazón del pueblo; de ese pueblo que me subyuga y me apasiona fervorosamente.

¡Cuan dulces horas, deslizadas por tus calles y plazuelas, donde en las tardes del crudo invierno, forman las ruedas con las manos enlazadas tus gentiles mozas, entre floridas canciones que despiden el saborcillo a centuria y que semejan, en su primitiva sencillez, pintorescas narraciones de las que nos contaron en nuestros años infantiles!

Y a pesar de la allanadora carrera de los tiempos, aún conservan y mantienen estos juegos, como joyas de valor inefable, su hábito de belleza inmaculada.

Tus bailes, acompañados de guitarriles vibraciones, de sentidas coplas malagueñas y del repiquetear de las castañuelas, dejan percibir de tus doncellas y galanes, el ritmo deleitoso de sus giros.

¡Cuántas veces, villa mía, en serenas mañanas, saturadas de campestre aroma, y al despertar de tus claras campanas los bronceos ecos, he subido, bañado por el ardiente y espléndido penacho del astro luminoso, a la cúspide del cerro de tu ya destruído arábigo castillo; y allí, entre los escombros de los que fueron recios muros, he contemplado, absorto, el variado panorama que se presentaba a mi retina! Ya los negros y rugosos graníticos picachos de algunos de tus colosos montes, ya el verde espartar de tus lomas y escabrosísimas laderas, ya tu sierra Alhamilla, de entrañas minerológicas y de azules y titánicas vertientes, que quieren confundirse con la insondable magnitud del cielo; ya tus profundas ramblas, ramblizos y barrancos curveantes por entre fantásticas cortaduras, que figuran caprichosas formas dantescas. Y, por fin, cuando he acabado de admirar ese magnífico conjunto de naturaleza brava, como para descansar, mis ojos se han dirigido de Norte a Este hacia la vasta llanura, en cuyos confines se columbran, al pie de estribaciones montañosas, grandes manchas de vegetación ópima; más tarde, tus caminos, cual torcidas cintas de plata, afluir a tus encrucijadas.

Más cerca, las tupidas y frutales frondas de tus risueños y feraces pagos, y aprisionadas entre esmeráldeos brazos y el murmurar del agua de las fuentes al caer en las albercas, multitud de alegres y rústicas viviendas. Y como corolario de tanta belleza, ver a mis pies destacarse por encima del claro-oscuro de los terrados y azoteas de tus apiñados edificios, cual visión de ensueño, las dos masas enormes de tus frondosos pinos gigantes, a la par que de tu templo augusto el campanario altivo.....

FRANCISCO CALATRAVA

Mayo, de 1925.



Vista de Tabernas, tomada desde el Castillo, en Diciembre de 1927. (Fotografía de Modesto García)

